

sentos hermoseados todos con peregrinas y escogidas pinturas, y con el jaspe, y el p6rfiro, y el marfil, y el oro que luce por los suelos, y paredes, y techos; y ve juntamente con esto la muchedumbre de los que sirven en 6l, y la disposici6n y rico aderezo de sus personas, y el orden que cada uno guarda en su ministerio y servicio, y el concierto que todos conservan entre s6; y oye tambi6n los ministriles, y dulzura de m6sica; y mira la hermosura y regalo de los lechos, y la riqueza de los aparadores, que no tienen precio; lu6go conoce que es incomparablemente mejor y mayor aquel para cuyo servicio todo aquello se ordena: as6i debemos nosotros tambi6n entender, que si es hermosa y admirable esta vista de la tierra y del cielo, es sin ning6n t6rmino muy m6s hermoso y maravilloso aquel por cuyo fin se cri6.

Y que si es grand6sima, como sin ninguna duda lo es, la majestad de este templo universal, que llamamos mundo nosotros; Cristo, para cuyo nacimiento se orden6 desde su principio, y 6 cuyo servicio se sujetar6 todo despu6s, y 6 quien agora sirve y obedece, y obedecer6 para siempre, es incomparablemente grand6simo, glorios6simo, perfect6simo, m6s mucho de lo que ninguno puede, ni encarecer, ni entender. Y finalmente, que es tal, cual inspirado y alentado por el Espiritu santo San Pablo dice, escribiendo 6 los Colosenses (Ad Colos. cap. i. v. 15, 19.): *Es imagen de Dios invisible, y el engendrado primero que todas las criaturas. Porque para 6l se fabricaron todas, as6i en el cielo, como en la tierra, las visibles, y las invisibles; as6i digamos los tronos, como las dominaciones, como los principados, y potentados; todo por 6l y para 6l fu6 criado: y 6l es el adelantado entre todos, y todas las cosas tienen ser por 6l. Y 6l tambi6n del cuerpo de la Iglesia es la cabeza, y 6l mismo es el principio y el primog6nito de los muertos, para que en todo tenga las primer6as. Porque le plugo al Padre, y tuvo por bien que se aposentase en 6l todo lo sumo y cumplido.* Por manera que Cristo es llamado *fruto*, porque es el fruto del mundo, esto es, porque es el fruto para cuya producci6n se orden6 y fabric6 todo el mundo. Y as6i Isaias deseando su nacimiento, y sabiendo que los cielos y la naturaleza toda viv6a y ten6a ser principalmente para este parto, 6 toda ella se le pide diciendo (Isai. cap. xlv. v. 8.): *Derramad roc6o,*

*cielos, desde vuestras alturas, y vos, nubes, lloviendo enviadnos al Justo, y la tierra se abra, y produzca y brote al Salvador.*

Y no solamente por aquesta raz6n que tenemos dicho Cristo se llama *fruto*, sino tambi6n porque todo aquello que es verdadero fruto en los hombres, digo fruto que merezca parecer ante Dios, y ponerse en el cielo, no s6lo nace en ellos por virtud de este fruto, que es Jesucristo, sino en cierta manera tambi6n es el mismo Jes6s. Porque la justicia y santidad que derrama en los 6nimos de sus fieles, as6i ella como los dem6s bienes y santas obras que nacen de ella, y que naciendo de ella despu6s la acrecientan, no son sino como una imagen y retrato vivo de Jesucristo, y tan vivo que es llamado Cristo en las letras sagradas, como parece en los lugares adonde nos amonesta San Pablo (Ad Rom. cap. xiii. v. 14.), que nos vistamos de Jesucristo: porque el vivir justa y santamente es imagen de Cristo. Y as6i por esto, como por el esp6ritu suyo que comunica Cristo, 6 infunde en los buenos, cada uno de ellos se llama Cristo: y todos ellos juntos, en la forma ya dicha, hacen un mismo Cristo. As6i lo testific6 San Pablo diciendo (Ad Galat. cap. iii. v. 27, 28.): *Todos los que en Cristo os hab6is bautizado, os hab6is vestido de Jesucristo, que all6 no hay jud6o, ni gentil, ni libre, ni esclavo, ni hembra, ni var6n, porque todos sois uno en Jesucristo.* Y en otra parte (Ibid. cap. iv. v. 19.): *Hijuelos m6os, que os engendro otra vez, hasta que Cristo se forme en vosotros.* Y amonestando 6 los Romanos 6 las buenas obras, les dice y escribe (Ad Rom. capit. xiii. v. 12, 14.): *Desechemos pues las obras oscuras, y vistamos armas de luz, y como quien anda de d6a, andemos vestidos y honestos. No en convites y embriagueces, no en desordenado sue6o, y en deshonestas torpezas, ni menos en competencias y envidias; sino vestid del Se6or Jesucristo.* Y que todos estos Cristos son un Cristo solo, dicelo 6l mismo 6 los Corinthios por estas palabras (I. ad Corinth. cap. xii. v. 12.): *Como un cuerpo tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, con ser muchos, son un cuerpo, as6i tambi6n Cristo.* Donde, como advierte San Agust6n (1), no dijo concluyendo la semejanza, as6i es Cristo y sus miembros, sino *as6i es Cristo*: para nos en-

(1) *De peccat. merit.* lib. I. cap. 31. edit. Bened. S. Maur).



señar, que Cristo nuestra cabeza está en sus miembros, y que los miembros y la cabeza son un solo Cristo, como por aventura diremos más largamente después. Y lo que decimos agora, y lo que de todo lo dicho resulta es, conocer cuán merecidamente Cristo se llama *fruto*, pues todo el fruto bueno y de valor que mora y fructifica en los hombres, es Cristo y de Cristo, en cuanto nace de él, y en cuanto le parece y remeda, así como es dicho. Y pues habemos platicado ya lo que basta acerca de aquesto, proseguid, Sabino, en vuestro papel.—

Deteneos, dijo Juliano alargando contra Sabino la mano, que si olvidado no estoy, os falta, Marcelo, por descubrir lo que al principio nos propusistes, de lo que toca á la nueva y maravillosa concepción de Cristo, que como dijistes, este nombre significa.—Es verdad, é hiciste muy bien, Juliano, en ayudar mi memoria, respondió al punto Marcelo, y lo que pedis es aquesto. Este nombre, que unas veces llamamos PIMPOLLO, y otras veces llamamos *fruto*, en la palabra original no es fruto como quiera, sino es propiamente el fruto que nace de suyo sin cultura ni industria. En lo cual al propósito de Jesucristo, á quien agora se aplica, se nos demuestran dos cosas. La una que no hubo ni saber, ni valor, ni merecimiento, ni industria en el mundo, que mereciese de Dios que se hiciese hombre, esto es, que produjese este fruto: la otra, que en el vientre purísimo y santísimo, de donde aqueste fruto nació, anduvo solamente la virtud y obra de Dios, sin ayuntarse varón.—Mostró, como oyó esto, moverse de su asiento un poco Juliano, y como acostándose hácia Marcelo, y mirándole con alegre rostro le dijo: Agora me place más el haberos, Marcelo, acordado lo que olvidábades, porque me deleita mucho entender, que el artículo de la limpieza y entereza virginal de nuestra común madre y señora, está significado en las letras y profecias antiguas, y la razón lo pedia.

Porque adonde se dijeron y escribieron, tantos años antes que fuesen, otras cosas menores, no era posible que se callase un misterio tan grande. Y si se os ofrecen algunos otros lugares que pertenezcan á esto, que sí ofrecerán, mucho holgaría que los dijédeses, si no recibis pesadumbre.—Ninguna

cosa, respondió Marcelo, me puede ser menos pesada que decir algo que pertenezca al loor de mi única abogada y señora, que aunque lo es generalmente de todos, mas atrévome yo á llamarla mia en particular, porque desde mi niñez me ofrecí todo á su amparo. Y no os engañáis nada, Juliano, en pensar que los libros y letras del Testamento viejo no pasaron callando por una extrañeza tan nueva, y señaladamente tocando á personas tan importantes. Porque ciertamente en muchas partes la dicen con palabras para la fe muy claras, aunque algo oscuras para los corazones, á quien la infidelidad ciega, conforme á como se dicen otras muchas cosas de las que pertenecen á Cristo, que como San Pablo dice (Ad Colos. I. v. 26.), es misterio escondido: el cual quiso Dios decirle y esconderle por justísimos fines, y uno de ellos fué para castigar así con la ceguedad y con la ignorancia de cosas tan necesarias á aquel pueblo ingrato por sus enormes pecados.

Pues viniendo á lo que pedis, clarísimo testimonio es á mi juicio para aqueste propósito aquello de Isaías, que poco antes decíamos (Isai. cap. XLV. v. 8.): *Derramad, cielos, rocío, y lluevan las nubes al Justo*. Adonde aunque, como veis, va hablando del nacimiento de Cristo como de una planta que nace en el campo; empero no hace mención, ni de arado, ni de azada, ni de agricultura, sino solamente de cielo, y de nubes, y de tierra, á los cuales atribuye todo su nacimiento. Y á la verdad el que cotejare aquestas palabras que aquí dice Isaías, con las que acerca de aquesta misma razón dijo á la benditísima Virgen el arcángel Gabriel, verá que son casi las mismas, sin haber entre ellas más diferencia, de que lo que dijo el arcángel con palabras propias, porque trataba de negocio presente, Isaías lo significó con palabras figuradas y metafóricas, conforme al estilo de los Profetas. Allí dijo el ángel (Luc. cap. I. v. 35.): *El Espíritu santo vendrá sobre ti: aquí dice Isaías, Enviaréis, cielos, vuestro rocío*. Allí dice, que *la virtud del Alto le hará sombra*: aquí pide que se extiendan las nubes. Allí, *y lo que nacerá de ti santo, será llamado hijo de Dios*: aquí, *ábrase la tierra y produzca al Salvador*. Y sácanos de toda duda lo que luégo añade diciendo: *Y la justicia florecerá juntamente, y Yo el Señor le crié*. Porque no dice, *y Yo el Señor la crié*, conviene saber, á la justicia, de quien



dijo que había de florecer juntamente; sino, *Yo le crié*, conviene á saber, al Salvador, esto es, á Jesús, porque Jesús es el nombre que el original allí pone. Y dice, *Yo le crié*, y atribuyese á Sí la creación y nacimiento de esta bienaventurada salud, y préciase de ella como de hecho singular y admirable; y dice, *Yo, Yo*, como si dijese, Yo solo, y no otro conmigo.

Y también no es poco eficaz para la prueba de esta misma verdad la manera como habla de Cristo en el capítulo cuarto de su Escritura aqueste mismo Profeta, cuando usando de la misma figura de plantas y frutos, y cosas del campo, no señala para su nacimiento otras causas más de á Dios y á la tierra, que es á la Virgen y al Espíritu Santo. Porque, como ya vimos, dice (Isai. cap. iv. v. 2.): *En aquel día será el PIMPOLLO de Dios magnífico y glorioso, y el fruto de la tierra subirá á grandísima alteza*. Pero entre otros para este propósito hay un lugar singular en el Salmo ciento y nueve, aunque algo oscuro según la letra latina, mas según la original manifiesto y muy claro: en tanto grado que los Doctores antiguos que florecieron antes de la venida de Jesucristo, conocieron de allí y así lo escribieron, que la madre del Mesías había de concebir virgen por virtud de Dios, y sin obra de varón. Porque vuelto el lugar que dijo á la letra dice de esta manera (Psalm. cix. v. 3.): *En resplandores de santidad del vientre, y del aurora, contigo el rocío de tu nacimiento*. En las cuales palabras, y no por una de ellas, sino casi por todas, se dice y se descubre aqueste misterio que digo. Porque lo primero, cierto es que habla en este Salmo con Cristo el Profeta (Vid. Epist. ad Hebr. cap. i, v. 13.); y lo segundo también es manifiesto que habla en este verso de su concepción y nacimiento; y las palabras *vientre y nacimiento*, que según la propiedad original también se puede llamar generación, lo demuestran abiertamente.

Mas que Dios solo, sin misterio de hombre, haya sido el hacedor de aquesta divina y nueva obra en el virginal y purísimo vientre de nuestra señora, lo primero se ve en aquellas palabras, *en resplandores de santidad*. Que es como decir, que había de ser concebido Cristo, no en ardores deshonestos de carne y de sangre, sino en resplandores santos del cielo: no

con torpeza de sensualidad, sino con hermosura de santidad y de espíritu. Y demás de esto lo que luégo se sigue, de *aurora* y de *rocío*, por galana manera declara lo mismo. Porque es una comparación encubierta, que si la descubrimos sonará así: en el vientre, conviene á saber, de tu madre, serás engendrado como en la aurora, esto es, como lo que en aquella sazón de tiempo se engendra en el campo con sólo el rocío que entónces descende del cielo, no con riego ni con sudor humano. Y últimamente, para decirlo del todo, añadió: *contigo el rocío de tu nacimiento*. Que porque había comparado al aurora el vientre de la madre, y porque en el aurora cae el rocío con que se fecunda la tierra; prosiguiendo en su semejanza, á la virtud de la generación llamóla rocío también.

Y á la verdad así es llamada en las divinas letras en otros muchos lugares esta virtud vivifica y generativa con que engendró Dios al principio el cuerpo de Cristo, y con que después de muerto le reengendró y resucitó, y con que en la común resurrección tornará á la vida nuestros cuerpos deshechos, como en el capítulo veintiseis (Isai. c. xxvi. v. 19.) de Isaías se ve. Pues dice á Cristo David, que este rocío y virtud que formó su cuerpo y le dió vida en las virginales entrañas, no se la prestó otro, ni la puso en aquel santo vientre alguno que viniese de fuera, sino que Él mismo la tuvo de su cosecha, y la trujo consigo. Porque cierto es que el Verbo divino que se hizo hombre en el sagrado vientre de la santa Virgen, él mismo formó allí el cuerpo y la naturaleza de hombre de que se vistió. Y así para que entendiésemos esto, David dice bien que tuvo Cristo consigo el rocío de su nacimiento. Y aún así como decimos nacimiento en este lugar, podemos también decir niñez, que aunque viene á decir lo mismo que nacimiento, todavía es palabra que señala más el ser nuevo y corporal que tomó Cristo en la Virgen; en el cual fué niño primero, y después mancebo, y después perfecto varón: porque en el otro nacimiento eterno que tiene de Dios, siempre nació Dios eterno, y perfecto, é igual con su Padre. Muchas otras cosas pudiera alegar á propósito de aquesta verdad, mas porque no falte tiempo para lo demás que nos resta, baste por todas, y con esta concluyo, la que en el capítulo cincuenta y tres dice de Cristo Isaías (Isai., c. 53, v. 2):



*Subirá creciendo como PIMPOLLO delante de Dios, y como raíz, ó arbolico nacido en tierra seca.* Porque si va á decir la verdad, para decirlo como suele hacer el Profeta con palabras figuradas y oscuras, no pudo decirlo con palabras que fuesen más claras que estas. Llama á Cristo arbolico, y porque le llama así, siguiendo el mismo hilo y figura, á su Santísima Madre llámala tierra conforme á razón; y habiéndola llamado así, para decir que concibió sin varón, no había una palabra que mejor ni con más significación lo dijese, que era decir que fué tierra seca. Pero si os parece, Juliano, prosiga ya Sabino adelante.—Prosiga, respondió Juliano, y Sabino leyó:

## §. IV.

Declárase cómo Cristo tiene el nombre de FACES ó cara de Dios, y por qué le conviene este nombre.

*También es llamado Cristo FACES de Dios, como parece en el Salmo ochenta y ocho, que dice (Ps. 88, v. 15): La misericordia y la verdad precederán tus FACES. Y dicelo, porque con Cristo nació la verdad y la justicia, y la misericordia, como lo testifica Isaias diciendo (Isai., c. XLV, v. 8): Y la justicia nacerá con Él juntamente. Y también el mismo David, cuando en el Salmo ochenta y cuatro, que es todo del advenimiento de Cristo, dice (Ps. 84, vv. 11 y 14): La misericordia y la verdad se encontraron. La justicia y la paz se dieron paz. La verdad nació de la tierra, y la justicia miró desde el cielo. El Señor por su parte fué liberal, y la tierra por la suya respondió con buen fruto. La justicia va delante de Él, y pone en el camino sus pisadas. Item, dásele á Cristo este mismo nombre en el Salmo noventa y cuatro, adonde David, convidando á los hombres para el recibimiento de la buena nueva del Evangelio, les dice (Ps. 94, v. 2): Ganemos por la mano á su FAZ en confesión y loor. Y más claro, en el Salmo setenta y nueve (Ps. 79, v. 4): Conviértenos, dice, Dios de nuestra salud, muéstranos tus FACES, y seremos salvos. Y asimismo, Isaias en el capítulo sesenta y cuatro le da este nombre diciendo (Isai., c. LXIV, v. 1): Descendis-*

te, y delante de tus FACES se derritieron los montes. *Porque claramente habla allí de la venida de Cristo, como en él se parece.*

Demás de estos lugares que ha leído Sabino, dijo entonces Marcelo, hay otro muy señalado que no le puso el papel, y merece ser referido. Pero antes que diga de él quiero decir que en el Salmo setenta y nueve, aquellas palabras que se acaban de leer, *conviértenos Dios de nuestra salud*, se repiten en él tres veces (vv. 4, 15, 20), en el principio, y en el medio, y en el fin del Salmo, lo cual no carece de misterio, y á mi parecer se hizo por una de dos razones. De las cuales la una es, para hacernos saber que hasta acabar Dios y perfeccionar del todo al hombre, pone en él sus manos tres veces. Una criándole del polvo, y llevándole del no ser al ser que le dió en el paraíso. Otra reparándole después de estragado, haciéndose Él para este fin hombre también. Y la tercera, resucitándole después de muerto para no morir ni mudarse jamás. En señal de lo cual, en el libro del Génesi, en la historia de la creación del hombre, se repite tres veces esta palabra *criar*. Porque dice de esta manera (Genes., c. 1, v. 27): *Y crió Dios al hombre á su imagen y semejanza, á la imagen de Dios le crió, criólos hembra y varón.*

Y la segunda razón, y lo que por más cierto tengo es, que en este Salmo de que hablamos, pide el Profeta á Dios en tres lugares, que convierta su pueblo á Sí, y le descubra sus FACES, que es á Cristo, como hemos ya dicho, porque son tres veces las que señaladamente el Verbo divino se mostró y mostrará al mundo, y señaladamente á los del pueblo judáico, para darles luz y salud. Porque lo primero se les mostró en el monte, adonde les dió ley, y les notificó su amor y voluntad: y cercado, y como vestido de fuego, y de otras señales visibles, les habló sensiblemente, de manera que le oyó hablar todo el pueblo; y comenzó á humanarse con ellos entonces, como quien tenía determinado de hacerse hombre de ellos y entre ellos después, como lo hizo. Y este fué el aparecimiento segundo, cuando nació rodeado de nuestra carne, y conversó con nosotros, y viviendo y muriendo negoció nuestro bien. El tercero será cuando en el fin de los siglos tornará á venir otra vez para entera salud de su Iglesia. Y aún si yo no me engaño, estas tres venidas del Verbo, una en apariencias y